

Zona cero: 286

Carmen Nozal

En memoria de los que no pudieron salir.

En memoria de todos los que ayudaron.

Para los que ayudaron, gratitud eterna, homenaje
Cómo olvidar –joven desconocida, muchacho anónimo,
anciano jubilado, madre de todos, héroes sin nombre–
que ustedes fueron desde el primer minuto de espanto
a detener la muerte con la sangre
de sus manos y de sus lágrimas;
con la conciencia
de que el otro soy yo, yo soy el otro,
y tu dolor, mi prójimo lejano
es mi más hondo sufrimiento.
Para todos ustedes, acción de gracias perenne
Porque si el mundo no se vino abajo
en su integridad sobre México
fue porque lo asumieron
en sus espaldas ustedes
Ustedes todos, ustedes todas, héroes plurales,
honor del género humano, único orgullo
de lo que sigue en pie solo por ustedes

JOSÉ EMILIO PACHECO

SERPIENTE SUBTERRÁNEA

Dormir o no dormir era el dilema en el que me encontraba tras el sismo del 7 de septiembre que sacudió a la Ciudad de México. Acababa de colgar el teléfono después de recibir una llamada de mi hijo Rumi, quien me avisaba que la cena con karaoke en un restaurante de Insurgentes había terminado y que venía en camino con sus compañeros de segundo de preparatoria de la Universidad Londres, cuando sonó la alerta sísmica. Como la noche anterior también se había escuchado, pero derivó en falsa alarma, a diferencia de otras ocasiones no grité: “¡Tiembllaaa!”, sino que, simplemente, abrí la puerta del cuarto de mi hijo Jassín, quien con tranquilidad me dijo: “Vámonos, ma”, mientras le ponía la correa a *Ozzy*.

Descalza y con celular en mano, bajamos tres pisos de escaleras. Convencida de que en cinco minutos volveríamos a subir, me apoyé en la pared del edificio para ver de frente cómo Lucio volteaba una gordita en su puesto de garnachas. “Está temblando muy fuerte. Movámonos al camellón, mamá”, dijo Jassín, mientras yo, sin sentir nada, seguía embelesada en el arte de amasar una tortilla.

Estábamos a tres pasos de llegar al otro lado de la calle cuando una especie de serpiente subterránea nos sacudió. Literalmente observamos la ondulación sobre el pavimento. Miré hacia atrás y vi cómo nuestro edificio se balanceaba; nos apresuramos, al tiempo que oíamos la música de los restaurantes y veíamos salir despavoridos de sus casas a los vecinos de la colonia Roma. *Ozzy* aullaba inquieto cuando escuchamos las explosiones de los generadores

de luz. De nuevo sonó el teléfono. “Estoy caminando por Tonalá, pero veo luces muy raras en el cielo y se está cayendo un cable de alta tensión. ¿Qué hago, mamá?”. “¡Corre!”, alcancé a gritar cuando, tras una intensa explosión, la colonia quedó totalmente a oscuras y se cortó la comunicación.

Automáticamente se me secó la boca y el corazón me golpeaba el pecho como si fuera una aldaba. “¡Tu hermano, tu hermano!”, empecé a repetir igual que un mantra. “Tranquilízate, mamá. Yo voy por él ahora”, aseguró Jassín, abrazándome. “Tienes mucha taquicardia. Iré por mi hermano y luego te llevaré al hospital.” Mi mente se dividió. Me paralicé. Quería que mi hijo fuera por su hermano y, al mismo tiempo, no quería que se pusiera en riesgo.

Un cristal se incrustó en la planta de mi pie izquierdo y el dolor me hizo reaccionar. “No, por favor, no te vayas”, pude decir, al tiempo que, cojeando, logré sentarme en un banco. Mientras Jassín sostenía el celular con la linterna prendida, me saqué el vidrio. Hoy sé que hay dolores prácticos y dolores inútiles. Este, sin duda, fue de los primeros porque me ayudó a salir de la crisis de pánico, obligándome a poner la atención, repentinamente y de manera plena, en mi pie.

Terminada la operación, el mantra regresó como un tren en medio de la noche: “¡Tu hermano, tu hermano!”. Desesperadamente, intentaba llamarlo por teléfono cuando lo vi caminando frente al Banamex de Álvaro Obregón y la saliva volvió, igual que una lluvia incipiente. “Rumi, ven”, pude gritar, mientras *Ozzy*, a mi lado, meneaba la cola.

Estuvimos en el camellón hasta las tres de la madrugada y, tras subir a casa y prender la computadora, encontramos en el internet un mensaje del presidente Peña Nieto donde instruía a la población a estar atenta por las posibles réplicas y donde comentaba que llegaría un nuevo sismo de siete grados. A partir de ese momento no pude conciliar el sueño de forma habitual. Me preocupaba mucho quedarme dormida y no escuchar la alerta.

La noche del 18 de septiembre, un paciente me pidió una terapia de urgencia. Lo recibí. Al despedirse, me dijo que me veía cansada. Tras explicarle el porqué, me miró con mucha compasión. “Tranquila. Yo, que soy un sobreviviente del 85, puedo decirte con toda seguridad que si el 7 de septiembre tuvimos un terremoto de 8.2 grados, no volverá a temblar en treinta años, porque la tierra liberó su energía sin devastación alguna. Así que relájate, mujer, y duerme a pierna suelta. Te lo digo yo, que me quedé sin casa en el 85.” Como yo no lo había vivido, le creí como si fuera palabra de Dios.

Así que el 19 de septiembre, después de escribir, tranquilamente, toda la noche, me di un baño de agua caliente y con un té de tila me fui a la cama a las cinco de la madrugada. Como si contara ovejas, me quedé dormida mientras repetía: “No temblará en treinta años. No temblará en treinta años. No temblará en treinta años. No temblará en treinta añ...”

Tenía presente el tema del simulacro. Y también tenía muy claro que yo no lo haría, puesto que en los veinticinco años que llevo viviendo en la avenida Álvaro Obregón, si en algo me volví experta es en el arte de bajar corriendo las escaleras y adelantando a cuanto vecino me encuentro diciendo: “Con per, con per, con per”. Así que me pareció razonable tener el derecho de evitarme esa molestia, de forma tal que, al sonar la alerta, me di cómodamente la vuelta y me abracé a una de mis almohadas.

Estaba soñando con una pradera llena de flores, donde las vacas pelirrojas pastaban felices. Mariposas amarillas de grandes alas revoloteaban alrededor de sus orejas. Sublimes varas de heno me miraban, mientras respiraba el aire purísimo. Tenía los ojos puestos en el inmenso cielo azul, el cual derramaba una poderosa paz. Era de esas veces que de tan relajada hasta la baba se me salía por la comisura de la boca cuando el movimiento de mi cama, abruptamente, me sacó del sueño.

Oí un sonido parecido a una ametralladora. “Están taladrando en la calle”, pensé, mientras se entremezclaban las vacas pelirrojas

del sueño con los obreros que había visto en la avenida el día anterior.

“Alerta sísmica, alerta sísmica”, escuché, repentinamente. Brinqué de la cama y, por fin, no tuve dudas: era un terremoto trepidatorio que apenas me permitía sostenerme en pie. Como pude, llegué al marco de la puerta de la cocina que está en la mitad de mi departamento. Me coloqué ahí tratando de tomar una decisión: salir o quedarme. Al darme cuenta de que lejos de correr, ni siquiera podía guardar el equilibrio, supe que lo mejor era permanecer ahí.

Instantáneamente perdí la visión periférica, pero escuchaba el sonido de los objetos que se caían en mi casa. Creí que mi edificio colapsaría. “Me pondré cerca de las ventanas para que me encuentren pronto”, me dije. Y al lado de una columna que separa los ventanales, me coloqué en posición fetal en un intento desesperado de encontrar el famoso triángulo de la vida que tantas veces había visto en los videos de internet. Así que, a un metro de la columna, entre un sillón y una mesa que sostiene una gran maceta con un aguacate, me acurruqué escuchando los crujidos del suelo de duela. Los ruidos eran cada vez más estrepitosos. “Lo que sigue es el techo”, me dije. Estaba segura de que iba a morir. Lo único que pensé fue: “Dios mío, que se haga tu voluntad. Los amo a todos. Qué bueno que mis hijos no están aquí”. Mi mente estaba en paz. Completamente entregada a la muerte. Noté que estaba bien preparada para morir, pero no para vivir con este trauma. En vez de desplomarse el techo, la tierra se detuvo un segundo. Y antes de iniciar el movimiento oscilatorio, mi cuerpo se alzó y salí a zancadas. Por el pasillo apareció *Ozzy* mirándome con ojos de espanto, le di una patada y huyó delante de mí escaleras abajo, las cuales se movían como una barca en alta mar. Cuando llegué al último escalón, escuché un “crack, crack, crack”. “Debiste quedarte en casa”, me regañé como si lo que había hecho estuviera mal. No creí llegar a la puerta, pero una vez más la realidad superó mis

creencias. Al verme en el portal, dos hombres corrieron hacia mí. Uno de ellos alzó a *Ozzy* y, entre los dos, me jalaban de los brazos hasta llegar al camellón, el cual estaba repleto de gente.

Con un pantalón de pijama de verano color rosa de lunares blancos y la otra mitad del pijama, de invierno, color gris con perros, descalza y con el cabello grifo, me presenté a la una y veinte de la tarde en medio de la avenida para mirar, junto con mis vecinos, el edificio, como si fuera la televisión.

Hoy sé que cuando el terror se apodera de mí no logro pensar en nadie. Cada sonido es perceptible; cada movimiento cobra significado. Y mi atención está puesta, únicamente, en la supervivencia personal. En el momento del temblor, pareciera que solo lo hubiera sentido yo, como si se hubiese movido la tierra exclusivamente bajo mis pies. Mi mente fue incapaz de reconocer que el terremoto lo estaban sufriendo miles de personas de manera simultánea. Mi mente, en definitiva, tiene mucho trabajo por hacer.

LA DONA

Jassín llegó de inmediato. Increíblemente, me miró de arriba abajo preguntándome: “¿Estás bien, verdad?”. Nos abrazamos y, sin decirme nada, subió rápidamente a recoger mis tenis, la mochila de emergencia que estaba colgada en la puerta de salida y que nunca vi, mi bolso negro de piel y la correa de *Ozzy*.

Mientras bajaba, mi cabeza, de nuevo, se dividía: por un lado, me daba cuenta de que podía volver a temblar con mi hijo dentro del edificio y, por el otro, recordaba a mi otro hijo, del cual no sabía nada. Me empecé a asfixiar y dos jóvenes me sentaron en un banco. Me repetían: “Tranquila, señora, respire. Tranquila, señora, respire”. Y respiré cuando vi a Jassín frente a mí.

Me puse los tenis, y ya con la correa, nos llevamos a *Ozzy* corriendo por la calle de Tonalá para buscar a Rumi. Nos detuvimos

al ver desplomarse la cornisa de un edificio sobre cuatro coches estacionados en hilera que, afortunadamente, estaban vacíos.

Aunque el terremoto ya había concluido, seguían explotando vidrios de las ventanas y caían a nuestro paso piedras de las construcciones cuarteadas. Mientras avanzábamos, venían a mi pensamiento los amigos que vivían ahí. La casa de Sandra, la peluquera; el negocio de Julián, el ortopedista; el departamento de Francesca, la maestra de italiano. Quería saber cómo estaban, pero mi prioridad era buscar a mi hijo.

Como pudimos, llegamos a San Luis Potosí. Jassín me dejó con *Ozzy* en la cuchilla que hace esquina con Yucatán. Me sentí a salvo: no había ningún edificio.

Mientras esperaba, me llamó la atención un pequeño y modesto monumento. Al acercarme, leí una placa conmemorativa a los fallecidos en el terremoto de 1985: “En reconocimiento a la tenaz lucha de las mujeres y los hombres que con su digno esfuerzo hicieron posible la reconstrucción de nuestra ciudad devastada por los sismos del 19 y 20 de septiembre. No se olvida”. Supe que ese lugar se llamaba plaza Edith Sánchez en honor a la labor solidaria que esta mujer hizo en la lucha por la obtención de una vivienda digna en beneficio de los damnificados de los sismos del 85.

Aunque llevo treinta y dos años viviendo en México, hasta ese momento comprendí, verdaderamente, que estaba habitando una tierra altamente sísmica, donde en cualquier momento cualquier cosa podía desaparecer sin previo aviso. “Con razón aquí no hay ninguna construcción”, me dije.

A lo lejos pude ver la Universidad Londres y, frente a ella, a muchos alumnos en una zona acordonada. Jassín corría por la calle en busca de su hermano. Entre la multitud lo alcancé a divisar. Los dos llegaron a mi lado y nos dimos un abrazo en bolita mientras *Ozzy* se escurría entre nuestras piernas. Rumi insistió en entrar al edificio de la universidad para sacar su mochila, porque al día siguiente presentaría un examen. Como ninguno de

nosotros tenía aún noción de la magnitud de lo ocurrido, regresó a la escuela.

Mientras tanto, a una mujer que pasaba por la calle le dije: “Por favor, ¿podría ayudarme?”. “Lo que necesite, señora. ¿Qué se le ofrece?”, me respondió dispuesta a hacer por mí lo que le pidiera. “¿No tendrá, de casualidad, una dona para hacerme un moñito?”. Mientras la sacaba de su bolsa para dármela, su rostro se decepcionó. Lista para realizar una gran acción, se vio requerida por algo que consideró insignificante. “Muchísimas gracias, le dije.” Y se fue con la cabeza baja. Creo que nunca imaginó lo importante que era esa dona. No se trataba de una cuestión banal. Era fundamental para mí aminorar la terrible sensación de despojo e indignancia en la que me encontraba. Me sentí mucho más digna tras ponerme el chongo, y pude continuar caminando, pero con la cabeza alta.

Con mis dos hijos y *Ozzy* busqué un restaurante tras ver el rostro sin sangre de Jassín. “Me siento muy mal, mamá. Necesito comer algo”, dijo, entre el ruido de los helicópteros y las sirenas de las ambulancias. De nuevo, caminando por la avenida, nos vimos arrasados por una multitud que corría desorientada, gritando: “Fuga de gas, no prendan fuego, no enciendan cigarros, vámonos de aquí”. Aturdidos, tratábamos de avanzar mientras escuchábamos voces anónimas que hablaban del colegio Rébsamen: “Hay niños sepultados”. “Entonces, se cayeron edificios”, me dije en silencio, deteniéndome automáticamente, como si el pavimento se clavara a mis pies para escuchar con total atención el bum bum del corazón.

Entre el caos apareció mi vecina Carmen. Pálida y fuera de sí nos dijo que acababa de presenciar el derrumbe de los laboratorios de la calle de Puebla, que la colonia Roma no había explotado gracias a un sobreviviente que, antes de lanzarse por una ventana y colgarse de la rama de un árbol, había logrado cerrar el gas, que la presión se le estaba subiendo y que aún no sabía nada de su hija. Le presté mi celular, pero no había señal. “Me siento muy mal,

mamá”, y al ver a Jassín bañado en sudor frío, nos apresuramos para llegar a la calle de Jalapa.

Me acerqué a la dueña del restaurante de tamales: “Por favor, ¿le podría dar de comer a mis hijos? No traigo dinero, pero le dejo un pasaporte y mañana le pago”. “No se preocupe, señora. Que coman sus chicos es lo importante”, respondió con una sonrisa y, sin dudar, les trajo las cartas.

Sentados a la mesa, mis hijos miraban como *Ozzy* bebía el agua que esta buena mujer le puso en un plato, mientras el olor a mole con pollo les devolvía un poco de color a las mejillas.

Inmediatamente me fui a buscar a mis compañeros a la Casa del Poeta “Ramón López Velarde”. Mientras caminaba, me preguntaba si la construcción habría resistido. A mi paso encontré a numerosos doctores y enfermeras del hospital Álvaro Obregón que estaban evacuando a los enfermos. El camellón se llenó de camillas, sueros, medicinas, cobijas, familiares y, entre el caos, vi a *Cantinflas* llorando, tratando de salirse de su estatua. Al fondo, reconocí a mis amigos, descompuestos, pero vivos.

Fue muy hermoso saber que tras el sismo corrieron a mi casa para cerciorarse de que mi edificio estuviera en pie. Maricarmen, la directora, comentaba lo bien que habían hecho horas antes el simulacro. “Salimos todos en orden, a buen tiempo, sin perder la compostura. Pero tantito empezó a temblar y para qué te cuento... Nada que ver con el simulacro. Nada que ver...” Cerramos la Casa que, por fortuna, volvió a resistir un sismo más y nos despedimos.

Mis amigos, Claudia y Rafa, vinieron al restaurante donde mis hijos, ya comidos, cargaban ahora ollas de guisado que los dueños habían dispuesto para dar en donación a los enfermos del hospital que estaban desalojados en la avenida, así como a sus familiares y al grupo médico. Mientras esto sucedía, unos vecinos nos avisaron que teníamos que evacuar. “Tiene que venir Protección Civil a revisar el edificio.” Abruptamente comprendí que lo que estábamos viviendo iba para largo y que apenas comenzaba.

De milagro entró una llamada a mi celular: mi tía Isabel, desde Barcelona, confirmaba que estábamos vivos. De inmediato, un *whats* decía: “Terremoto en México”. Mi hermano desde España escribía desesperado: “Por favor, decidme que estáis bien”. A punto estaba de responderle, cuando vimos desplomarse una barda. Al lado nuestro llegó una familia de venezolanos. Por ella nos enteramos de que se había derrumbado el multifamiliar de Tlalpan y el edificio de Chimalpopoca, mientras comíamos un pescado que a nada nos supo.

Antes de evacuar, mis hijos subieron al edificio para cerrar la casa y sacar algunas cosas. Por la calle de Jalapa, repentinamente, vimos a una multitud de personas corriendo sobre la avenida. Llevaban picos, palas, cascos. No entendíamos qué sucedía hasta que escuchamos que se acababa de desplomar un edificio sobre Álvaro Obregón. Solo alcancé a oír el número seis. Pensé que era el nuestro. El 186. Y mis hijos estaban dentro. Rafa, el esposo de mi amiga, nos dio el brazo a las dos. No podía caminar. Tenía entumidas las piernas. Seca la boca. Taquicardia. Y la cabeza me retumbaba. Hasta que llegamos a la esquina pude ver con mis ojos que no era el nuestro. Entonces recuperé la movilidad, y una vez que bajaron mis hijos, nos perdimos entre la multitud.

UNA DAGA INVISIBLE

Nos encontramos a Lázaro en calzones, nuestro vecino arquitecto con el que trabajaba Jassín, sentado en una fuente de la avenida. “Estoy muy mal. No paro de temblar. Estuvo terrible”, susurraba mientras nos despedíamos para seguir caminando como zombis.

Al final del camellón, vecinos de la colonia Roma iniciaban el primer puesto de ayuda. Una mujer con un altavoz pedía: “Comida hecha, cobijas, electrolitos, agua, cubetas, linternas”.

La nube de polvo del 286 se estaba extinguiendo cuando entramos por la calle de Cacahuamilpa. En la esquina de Ámsterdam vimos sacar los primeros cuerpos. Una mujer muy elegante, de tacones, minifalda y chaqueta de vestir, bañada de tierra, estaba apoyada en una esquina con las medias rotas y las rodillas ensangrentadas. Sacó un celular de la bolsa mientras brotaba una cascada de polvo. “¿Quiere que la llevemos a un hospital, señora?”, le dijo Rafa. La mujer inmóvil alcanzó a mover la cabeza diciendo que no, al tiempo que intentaba marcar un número.

Llegamos a la glorieta Citlaltépetl mientras mi amiga Claudia me iba comentando que, afortunadamente, su hija estaba en el extranjero. “Además, mira que bien se ve el edificio. Lo construyeron con pilotes hidráulicos.” Rafa entró al portal con la intención de subir a revisar el departamento. Sus gritos nos alarmaron. Claudia se asomó y, al ver que varios muros se habían desplomado, sufrió una crisis y comenzó a llorar “de solo pensar que mi hija hubiera estado aquí”. Del portal salió una pareja de alemanes, totalmente empolvados, cargando dos almohadas.

Rafa nos invitó a quedarnos en una casa donde pasaría la noche con Claudia. “¿Dónde dices que es?”, le pregunté. “En Coyoacán, pero está vacía. Tendremos que pasar a comprar unas colchonetas.”

Me di cuenta de que, desde el terremoto, había vivido solucionando el momento. No había pasado ni futuro. Solo el instante presente. Me sentía totalmente perdida y desorientada. Mi mente no funcionaba con la claridad habitual. Era lenta y torpe. Por breves periodos me percataba de que tenía ausencias.

De nuevo, vibró mi celular. La señal entraba y se perdía inesperadamente. Mi tía Isabel desde Barcelona estaba conectada a mi corazón. En un *whats* escribía: “Iros a casa de Laura. Ella os está esperando”. Aunque no me había podido comunicar con mi comadre, nunca tuve duda alguna de que estaba a salvo. “Eso es imposible”, pensé. “¿Cómo vamos a llegar hasta allá?”. Y otra vez vibró mi celular: “Iros caminando poco a poco y con mucho

cuidado”, escribía Isabel, como si me leyera el pensamiento. “Tiene razón”, me dije y pareciéndome muy complicado lo de las colchonetas, le agradecí de corazón a Rafa el ofrecimiento y emprendí el camino hacia la colonia Verónica Anzures.

Al separarnos de mis amigos, la indefensión creció como un globo aerostático. Ahí, en la glorieta Citlaltépetl, me encontré a mi querido Benjamín. Sin sangre en el rostro y los ojos desorbitados, caminaba apresurado. Habíamos cenado juntos en los Taquitos Frontera la noche anterior. Hablábamos de cultura y arte. Ahora me decía desesperado: “No encuentro a Lety. No sé nada de ella. No aparece. Voy a buscarla”. Un escalofrío es una daga invisible. Te atraviesa y no sangras. No pude hablar. Solo veía la silueta negra de Benjamín bajo su sombrero perdiéndose entre la muchedumbre, mientras una voz diminuta susurraba en mi interior: “Lety, Lety, Lety”. Quería ir a buscarla, pero mi mente tenía una obsesión: poner a mis hijos en un lugar seguro antes de que anoheciera.

En medio de la catástrofe, caminamos por Ámsterdam y vimos el edificio del 107 colapsado. Mis hijos y yo, en esos momentos, no intercambiamos ni una palabra. Solo nos encontrábamos con las miradas y los ojos más abiertos que nunca, como si por vez primera viéramos el mundo.

En medio del *shock*, advertí que todas las calles estaban acordoadas. Necesitábamos salir a Insurgentes. Antes de pasar por una de las zonas afectadas, varios militares salieron a nuestro encuentro. “Los damnificados vengan con nosotros. Los alojaremos en un albergue.” Hasta ese momento entendí que se referían a mí y a mis hijos. “Gracias, pero no nos quedaremos en ningún albergue. Nos vamos de aquí”, aseguré con firmeza. “Pero no pueden pasar”, dijo el militar al tiempo que yo levantaba las cintas para entrar a la calle que nos llevaría a Insurgentes. “Señora: es muy peligroso. Regrese. No puede pasar. Si hay un derrumbe, es su responsabilidad.” “Yo me encargo”, le dije, y como si fuera Rambo, me eché a correr con *Ozzy* y mis hijos.

Insurgentes era el apocalipsis. Una caravana de coches inamovible brillaba bajo un sol inclemente. Esa tarde la luz no tenía filtro. Quemaba como si no tuviera otra cosa que hacer. Militares, marinos, ambulancias, policías, bomberos y helicópteros ocupaban el escenario. No había taxis ni metrobús. Solo quedaba caminar sobre el asfalto agrietado y los vidrios rotos. Personas iban y venían en distintas direcciones. Parecía una escena de éxodo. Sin pensar en nada, mirando el 286, me escuché a mí misma alzando la voz y repitiendo: “Om tare tutare turé soha, om tare tutare turé soha, om tare tutare turé soha”. Recordé a mi lama diciéndome: “El mantra de Tara Verde ayuda a vencer el miedo”. Al repetirlo, lo hacía por los atrapados bajo los escombros, pero, de alguna forma, los no atrapados también estábamos sepultados en el horror, la impotencia, la angustia, la ansiedad y la histeria. “Om tare tutare turé soha ¡para todos!”. En efecto: el sismo también era interior. Y bajo los efectos del mismo llegamos al Ángel de la Independencia.

Rumi empalideció: “Esperen, por favor. No puedo más. Creo que me voy a desmayar”. Lo miré a los ojos y le ordené: “Aquí no te me desmayas. Te esperas hasta que lleguemos a casa de tu madrina, ¿ok?”, y aprovechando que pasaba un camión con militares, lo detuve para pedir botellas de agua. Estaba deshidratado. Volviéndose a colocar una mochila adelante y la otra a su espalda, agarró un segundo aire y continuamos caminando.

De pronto supe que era imposible llegar siguiendo el camino que habitualmente hacíamos en coche. Me detuve sin saber cómo seguir. Sorpresivamente, Jassín dijo: “Vamos a ir por aquí. Síganme”. A partir de ese momento él se fue al frente, seguido por su hermano, marcando el paso. Al ver a mis dos hijos delante de mí, avanzando altos, firmes y seguros, me di cuenta de que ellos eran perfectamente capaces de cuidarse a sí mismos y que, queriéndolos sobreproteger, minimizaba sus potenciales, al tiempo que subrepticamente mi ego de madre se engrandecía. “Tienes que cambiar”, me juré, y al soltar el control mi adrenalina

disminuyó. Subimos el puente que atraviesa Circuito Interior. Por primera vez supe que, en verdad, nada es seguro. A mitad del puente vimos una grieta. Me dije: “Y si esto no resiste, ¿caeremos con todo y puente encima de los coches?”.

Las cosas que antes hacía de manera automática ahora habían cobrado una importancia sobrenatural. Cada paso era un acto milagroso. La atención estaba puesta de manera total en sobrevivir. Mientras caminaba, recordé a mi papá diciéndome: “No pasa nada. Todo se va a resolver”. Me vino a la mente el día que me tiró al mar cuando era niña y una ola me envolvió. “¿Viste? No pasó nada”, me dijo mi padre. Y agarrada de su mano en mi pensamiento llegamos a Bahía de Chachalacas en la colonia Verónica Anzures.

Mi comadre nos recibió como siempre, con los brazos abiertos. “Los estaba esperando. Gracias a Dios que ya llegaron.” Aunque habíamos entrado en esa casa cientos de veces, esta vez fue diferente: mis ojos escanearon la construcción. Revisé los armarios. Miré tras las cortinas. Me fijaba en los muros de carga, en las esquinas que unen los techos y las paredes. Ninguna grieta. Y me sentí a salvo, en casa, con mi familia, mientras escuchábamos un altavoz que explicaba: “No salgan si no es necesario. No prendan el gas. Tengan a la mano un radio. Estén informados. Asegúrense de tener agua”.

Parecía que estábamos en medio de una guerra con toque de queda. Recordé a mi familia de España y me dije: “Si ellos sobrevivieron a la Guerra Civil, nosotros podemos tomar de ellos la fuerza que necesitamos para seguir en la vida”.

Mi comadre nos explicó que la Verónica Anzures había sufrido daños menores. Que no nos había podido localizar porque su celular no tenía señal, que se enteró por su hermana de Barcelona que estábamos bien. Mientras, mi teléfono cobraba vida: recados de distintos lugares llegaban a través del Facebook y del *whats* preguntando cómo estábamos. Alcancé a responder más de 450 mensajes de varias partes del mundo con dos sílabas: “Vivos”.

Nunca hubiera pensado que mis hijos y yo le importáramos a tantas personas. Y la gratitud se hizo inmensa.

INCONTINENCIA Y OLANES

Mientras me daba un baño de agua caliente, sentí mi garganta: estaba llena de polvo. “Somos luz y también tierra”, me dije, pensando en todas las personas que en ese momento estaban atrapadas.

Con un pijama que me prestó mi comadre y el estómago totalmente cerrado, me senté en la sala dispuesta a comunicarme con mis amigas y vecinos. De manera natural, comencé a postear en el Facebook el primer mensaje de más de un centenar, replicando la ayuda que me llegaba, poniendo a personas en contacto con otras y haciendo listas de los requerimientos para los lugares de derrumbes.

Fue a través de las redes sociales como supe de mi amiga Lety. Mientras Benjamín la buscaba, ella estaba frente a mi edificio gritando mi nombre.

Mi comadre lloraba: “No soporto pensar en los niños del Réb-samen y en sus mamás”. Yo solo sentía mis lágrimas apesadas en mis pulmones. Y, sin poder contenerme, prendí un cigarro y volví a fumar.

El agotamiento me llevó de la mano a la cama y, mientras trataba de dormir, surgieron totalmente nítidas todas las imágenes que había visto durante el día, pero desordenadas, sin seguir una secuencia lógica: la mujer de las medias rotas, los enfermos evacuados en el camellón, la señora de la dona, los militares, la fuga de gas, el derrumbe del 286, Lázaro en calzones. La ciudad y mi mente eran el mismo caos.

Con dos horas de sueño, me levanté decidida a ayudar. Me volví a bañar y me puse la ropa que mi comadre tuvo a bien prestarme: un pantalón verde limón que me llegaba por encima del tobillo,

una camiseta color vino con olanes de seda, mis tenis verdes del *gym* y mi bolso de piel negro.

Antes de enrumbarme a la Roma, sin saber cuándo podríamos volver a casa, saqué a pasear a *Ozzy*. Caminamos unas calles y, como tantas otras veces, mi perro se detuvo a hacer popó. En ese momento recordé a las personas atrapadas en los edificios caídos. Pensé que, seguramente, habrían hecho también sus necesidades. Y, por primera vez en mi vida, tuve incontinencia. Distinguí el terror del pánico y el miedo del temor. Yo seguía en la fase de terror. Y el terror se había alojado en mis tripas. En forma de excremento comenzó a salir putrefacto y oscuro mientras experimentaba cierto alivio. Avergonzada y sucia, subí las escaleras y me metí al baño, mientras escuchaba a mi comadre decirles a mis hijos: “Pobre de su mamá. No quedó bien después del sismo. Ya ni se acuerda de que se acaba de bañar”.

Rumi y yo tomamos un taxi que nos dejó cerca de la avenida Chapultepec. Vimos acordonada la calle de Salamanca debido al edificio que ahí había colapsado. Bomberos, ambulancias y cientos de personas organizaban los puestos de ayuda. Yo seguía en *shock* sin poder ser de utilidad para nadie. Asustada, solo podía caminar hasta la avenida Álvaro Obregón. Teníamos que entrar a nuestro departamento para ver en qué condiciones había quedado. Aterrada, subí las escaleras. Abrí la puerta de mi casa, y al ver por primera vez lo que el día del sismo no había visto sino escuchado, enloquecí.

Seis vidrios de los ventanales estaban rotos. Macetas, tierra, cuadros, vasos, platos, tazas, frascos de salsas, ollas de barro, jarrones, recuerdos, una pantalla de plasma, sillas, lámparas quebradas, mi Mac, el teclado, se encontraban hechos añicos por distintos lugares. La foto de mis hijos en un portarretrato con el vidrio estrellado me miraba. La casa olía a vacío. Los colores eran amargos. Corrí a mi cuarto como si de nuevo fuera a temblar. Se me secó repentinamente la garganta y tomé un archivero con

documentos, una bolsa con ropa y dos paraguas: uno amarillo y el otro con los colores del arcoíris que había comprado en la marcha gay, y salí huyendo del edificio mientras Rumi gritaba: “¿Qué te pasa, mamá?, ¿pero qué haces?”. Sin detenerme, avancé hacia la Casa del Poeta. Mientras caminaba, me encontré con vecinos que cargaban maletas y mochilas. Nos saludábamos con la mirada haciendo un pequeño gesto con la cabeza.

Con el corazón saliéndome del pecho llegué a mi oficina. Me encontré con mi jefa, quien de inmediato organizó a todos mis compañeros para ayudarme a sacar las cosas de mi departamento. Mi mente estaba colapsada: “Si vuelve a temblar y mi casa se cae, ¿me quedará en este mundo con un pijama que además ni combina?”.

Por el camino me encontré a una pareja de amigos que no dudaron en unirse a la brigada. Llenos de determinación subieron a mi departamento. Limpiaron todo el chiquero, alzaron los libreros, apilaron las cosas que aún servían, tiraron lo roto y en un dos por tres se fueron con mis joyas, mi ropa y mis documentos revueltos en bolsas de basura jumbo para guardarlas en la Casa del Poeta, mientras llegaba el primer ingeniero que uno de mis vecinos había conseguido para que revisara la estructura del edificio. En medio de un silencio sepulcral y bajo la mirada penetrante de una docena de personas que revisaban pared por pared mi departamento, dijo en voz bajita: “Yo creo que es habitable”. “¿Cree o está seguro?”, le pregunté, escudriñándolo hasta los tuétanos. “Seguro, señora, no hay nada... pero digamos que si yo fuera usted, me quedaría a dormir, al menos hasta el siguiente temblor”, y se carcajeó sin que nadie le hiciera segunda, y fingió toser para quitarse la sonrisa de la boca. Paco, el portero, nos comentó que, de todas formas, era mejor esperar hasta el viernes para regresar a casa por eso de las réplicas y también por la falta de gas.

Con llave y desconfianza cerramos la puerta. En la calle, Susan, amiga de Jassín, nos informaba que su departamento había

quedado dañado. Mi hijo la alojó en nuestra casa y, con los cascos de las bicicletas, se fueron de inmediato para integrarse a una de las brigadas de la colonia del Valle. “Yo me voy a la Verónica Anzures a cuidar a mi madrina”, dijo Rumi. Y yo me fui caminando a la Casa del Poeta con la intención de ponerme mi ropa, pero un mensaje me detuvo: “Ya tienes todo guardado. Puedes estar tranquila. Cerramos la Casa y nos vemos, primero Dios, el lunes. Un abrazo, Maricarmen”. Miré mis tenis, los pantalones verdes y la playera de olanes y entendí que hasta el lunes me quedaría tal cual. “Ni modo”, me dije y dándome la media vuelta comencé a caminar hacia el 286, mientras recibía recados de colonos de la Roma preguntándome que dónde andaba.

SIN PÁJAROS

No habían pasado ni cinco minutos, cuando me dieron un altavoz y la encomienda de ir a la plaza de La Cibeles a buscar una lista de requerimientos junto con una flotilla de veinte motoristas. De la noche a la mañana me vi convertida en un capataz de obra: “Urgen tanques de oxígeno, lámparas, pilas, seguetas, lazos, baterías, y no urgen imegaurgen! motosierras para cortar el concreto”.

El centro de acopio de la plaza de La Cibeles surgió de forma espontánea con la ayuda de todos los vecinos de la Roma y la Condesa que salieron a la calle y, sin cortapisas, fueron a dar lo mejor que tenían. Un despliegue de carpas, camiones con alimentos y ropa apareció de la nada. Y en pocas horas se convirtió en un centro de acopio perfectamente organizado y abastecido que surtía las necesidades de distintos puntos de la ciudad. Miles de voluntarios acudieron para ayudar. Unos clasificaban herramientas, otras medicinas, grupos de jóvenes cargaban las despensas de los camiones. En hileras humanas se trasladaban los guisados que otras personas habían cocinado. Cajas de tortas, fruta, garrafones,

jugos, sueros, pañales, leche de bebé, botas con casquillo, cobijas y mazos aparecían y se multiplicaban entre cientos de manos que repentinamente se volvieron una.

Después de cinco horas de ir y venir, me senté en el bordillo de la banqueta. Me dije: “A ver, ¿por qué estás haciendo esto?, ¿por altruismo y compasión genuinos?, ¿por generosidad desinteresada?, ¿por amor a los demás?, ¿desde dónde haces lo que haces?”. Honestamente, me quedó muy claro que si bien era cierto que había un poco de todo eso, sobre todo lo estaba haciendo para huir de mí misma, para escapar del terror y la locura interna en la que me encontraba. Era más fácil ayudar a otros que ocuparme de mi propio trauma.

Tener esta percatación me sirvió para no creermelo en ningún momento la Madre Teresa de Calcuta, sino una mujer aterrada con muchas precariedades y defectos de carácter y, sobre todo, con cero templanza. Pero también con un deseo verdadero y profundo de que todos los seres estuvieran libres de sufrimiento.

Y así, dándome cuenta de que mi intención no tenía mucha pureza que digamos, sino que estaba contaminada por mis propias aflicciones, sintiéndome mucho más auténtica, me levanté del banquillo de la acera y me dije: “Ni pedo. Así las cosas. Prosigamos”.

Las necesidades cambiaban de un momento a otro. Y las formas de satisfacerlas, inicialmente, se volvieron caóticas. Mediante las redes sociales circulaban las peticiones de ayuda, pero cuando llegaban los brigadistas se encontraban con que había sido falsa la información, o bien con que ya había sido abastecida la necesidad.

Así sucedió, por ejemplo, cuando en plenas labores del 286, un grupo de jóvenes llegó con altavoces pidiendo ayuda urgente para levantar los escombros del Centro Médico. Creyendo que, en efecto, se había caído, numerosos socorristas abandonaron la zona para dirigirse a un lugar que no había sufrido ningún derrumbe. Por ello, y para hacer eficaz el trabajo, se tomó la decisión de que los mensajes de internet debían ir corroborados con nombre,

lugar y hora. Inicialmente, las peticiones se hacían por altavoz. A menos de cuarenta y ocho horas se realizaban mediante un video que se difundía masivamente, o bien, se escribían las necesidades en cartulinas y mediante una foto se volvían virales de manera inmediata. Miles de mensajes de texto circulaban en las redes sociales con las listas de los rescatados y de las personas trasladadas a hospitales de la Ciudad de México.

Algunas funerarias ofrecieron sus servicios de forma gratuita. Grupos de abogados salieron como voluntarios para asesorar legal y jurídicamente a las familias que habían perdido sus hogares.

El parque México no tenía pájaros. Estaba lleno de tiendas de campaña donde se alojaron temporalmente los vecinos damnificados de la Roma y la Condesa. El olor a orín se mezclaba entre los árboles. Las letrinas, tan necesarias, apestaban, ahí donde días antes comíamos elotes y bebíamos atole. Ahí, donde mis hijos, cuando eran bebés, conocieron los patos; donde aprendieron a caminar, a caer y a levantarse; donde querían regresar cada domingo para subirse al brincolín creyendo que de un salto tocarían las nubes; ahí, entre la infancia más dulce, el miedo había puesto su casa.

Y ahí también fue donde nos enteramos, por una vecina, que el Superama de la Condesa se había caído; que el Dormimundo de Medellín, en el que había comprado las camas de mis hijos la Navidad pasada, ya no existía; que una hora después del terremoto, unos chicos subieron a su departamento y que, ya adentro, el edificio colapsó.

Las historias y las noticias seguían esparciéndose por todos los rincones de la colonia. Sin necesidad de ver la televisión, nos enteramos de la existencia de Frida, nos angustiamos, nos volvimos a enterar de que no existía, nos emputamos y aprovechamos para canalizar nuestra impotencia mentándole la madre a Televisa.

EL AMOR ES UN CHICHARRÓN EN SALSA VERDE

Al día siguiente, frente a Álvaro Obregón 286, familiares de las personas que estaban atrapadas hicieron sus primeros asentamientos mientras se realizaban las obras de rescate.

De espalda al edificio y sentada en el bordillo de la acera, una señora me miró. Sus ojos eran dos heridas sin fin. Dejé de escuchar los sonidos, me acerqué a ella y me senté a su lado. Nos quedamos en silencio. Espontáneamente me puse a hacer *tonglen*, una práctica budista que consiste en respirar con la intención de absorber el dolor “ajeno” y exhalar el deseo de paz para el corazón.

En un momento dado, hablé y solamente dije: “Mi hijo está ahí dentro y yo estoy aquí afuera”. Sin pensarlo dos veces, como si fuera un rescatista, me metí dentro de mí y busqué en mi garganta una oración, una frase, algo con sentido que decir, pero no encontré ni una sola palabra para darle. Y me quedé ahí, a su lado, con las manos vacías, impotente, inhalando, exhalando, sin saber a ciencia cierta donde terminaba mi hombro y donde empezaba el suyo. Sin distinguir lo que era adentro o afuera. Experimentando la no separación. Solo sentada. Sintiendo lo infinito, mientras comenzaban a instalar las tiendas de campaña sobre la acera.

Camarógrafos de diversas partes del mundo se habían reunido para informar sobre la situación de las personas que estaban atrapadas. Miles de jóvenes habían tomado literalmente la ciudad. Los que ahí estaban hacían turnos en las hileras humanas para pasar de mano en mano chalecos, arneses, cubrebocas, navajas para sierra eléctrica, brocas, guantes de carnaza, extintores, extensiones de focos, sogas, barras fluorescentes, taladros, lámparas de minero, eslingas de cuerda plana y ochos para rapelear.

En un momento dado, frente a la gran mole de escombros, los rescatistas levantaron los puños para escuchar entre las grietas. Todos enmudecimos y nos llenamos de esperanza. Como pequeños racimos nos agrupamos lo más cerca que pudimos de la zona que

estaba acordonada. En medio de ese silencio, se podía oír nítidamente el mismo pensamiento: “Que saquen a alguien con vida”. Después de unos minutos, entre los bloques de piedra, emergió un rescatista. Vimos como metía sus brazos por la boca de un túnel. Vimos como jalaba algo. Había esperanza de vida. Nunca imaginamos ver lo que sacó: un óleo inmenso perfectamente enmarcado sin un solo rasguño del mago Merlín. Aunque ya nadie tenía el puño en alto, todos continuamos en silencio. Congelados. Sin comprender nada. Porque nada había que decir ni tampoco había nada que comprender.

Sobre los escombros, cinco trabajadores admiraban la obra. Mi mente se torturó pensando en el horror que representaba sacar, en vez de un cuerpo humano, ese cuadro insulso. Le hablé por teléfono a Jassín. Le conté lo que estábamos presenciando. “Ay, mamá, ¿no te das cuenta de que solo el arte permanece? Además, qué buena onda de los rescatistas que se tomaron la molestia de salvaguardar esa obra, de darle valor, de recordar que fue hecha por un ser humano.” Sobre el asombro, recibí más asombro.

Y ante el horror, la belleza apareció frente a mis ojos. Mis vecinas llevaban bandejas de comida recién hecha que ofrecían a los que ahí estábamos. El chicharrón en salsa verde con frijoles sabía a gloria. Sentada en un huacal, me comí el primer taco mientras veía pasar interminables grupos de motoristas y ciclistas transportando cajas. Yo que toda la vida había renegado por el estruendo de los arrancones de las motos, ahora agradecía su existencia. Pero me empezó a incomodar la presencia de tantos militares. Para qué estaban ahí sin hacer nada, me preguntaba, mientras los miraba con menosprecio y fastidio.

Repentinamente, un ingeniero estructuralista se detuvo ante mí ofreciendo sus servicios y con gusto los acepté, pero para mi vecina Sonia, quien me había comentado horas antes que su casa se había cuarteado. Nos invitó a entrar. Por primera vez, me di cuenta de que había quedado incapacitada para subir una escalera. Preferí

quedarme en la calle, sentada en el bordillo de la acera. Una camioneta con monjas y sacerdotes se detuvo para darme una bolsa en la que había una torta de jamón, una manzana y un Boing de mango. Me dijeron que rezarían por mí.

Realmente no me había percatado aún de la facha con la que andaba, hasta que la directora de la Universidad Londres apareció con un arquitecto y varios alumnos, preguntándome si yo era la madre de Rumi. Al levantarme, me vi casualmente en un espejo que estaba dentro de una tienda: no me reconocí.

Caminamos de nuevo a mi casa y les dije que, si querían revisar el departamento, podían hacerlo con confianza, pero que me disculparan porque yo de ninguna forma subiría. Así que les di las llaves y, mientras los esperaba en la calle, llegó el ingeniero estructuralista que había ido a revisar las paredes de Sonia. “Creo que es habitable”, me dijo, y evité la pregunta: “¿Cree o está seguro?”, y mientras bajaba el arquitecto, me llevé al ingeniero al negocio de Sandra para que nos hiciera el favor de revisarlo. De regreso, el arquitecto que había subido con la directora a mi casa me dio el segundo dictamen: “Yo creo que es habitable”. Me desesperaba tremendamente escuchar el “creo”, porque era como volver a escuchar a mi paciente diciéndome que temblaría, pero en treinta años. Luego entendí que una cosa es la revisión ocular de un edificio y otra cosa muy distinta es un estudio minucioso de su estructura. Conociendo a mis vecinos, supe de inmediato que nos quedaríamos sin estudio, pues a excepción de tres, todos los demás se hacen guajes cada vez que hay que pagar cualquier minucia.

Resignada al “creo en Dios Padre Todopoderoso y más me vale creer que no va a volver a temblar”, me fui con ellos al negocio de Sandra, quien se despidió del ingeniero y ahora se llevaba al arquitecto y a la directora a su casa para que revisaran las grietas que tenía en el techo.

LA FUMAROLA DEL POPO

Anocheía. Frente al edificio colapsado de Álvaro Obregón las personas se habían multiplicado como si fueran panes. Sobre el camellón habían instalado varios módulos de atención a los damnificados. Me interesó uno que decía: “Visión alterada por el sismo”. Ahí me explicaron que cuando tienes una experiencia de casi muerte, la vista solo se concentra en aquello que te puede salvar la vida. Lo demás lo dejas de ver. Y la gratitud corrió por mi sangre al conectarme con la maravilla que representa el cuerpo humano.

Subida a la moto de un conductor tatuado, regresé con el altavoz y la flotilla a La Cibeles. Cargamos los requerimientos y los llevamos al 286. Entrábamos con las motos hasta la zona acordada en medio de los aplausos de los compañeros. Después de seis viajes, yo no podía más. Pancho, el motorista tatuado, me vio exhausta y me dijo: “Relax, doñita. Ahorita la llevo a su casa”. Con el casco en la cabeza, alcancé a asentir y, abrazada a él, solté una buena parte del estrés mientras volábamos por la ciudad. En cinco minutos llegamos a la colonia Verónica Anzures. “Mañana, más”, le dije a Pancho. Ya en la casa, me puse a cargar el celular para seguir posteando requerimientos en el Facebook que me llegaban a través de amigos y de un grupo de chat llamado: “Ayuda por el terremoto de la Ciudad de México”.

Antes de acostarme, sonó el teléfono. Un hombre me llamaba del Banco Invox diciéndome que debía 4 500 pesos y que los tenía que pagar en la mañana. “¿Usted vive en la Ciudad de México?”, le pregunté. “Claro”, me dijo. “¿Y qué no se ha enterado del terremoto?” “Señora –me respondió–: el terremoto no tiene nada que ver con su adeudo”. Como la niña del exorcista, mi cabeza comenzó a girar mientras le gritaba siete veces seguidas que se fuera a ese lugar tan famoso en nuestro país que empieza con ce hache y que no saliera de ahí hasta que sacaran al último cuerpo de los escombros. Y, tras colgar el teléfono de un trancazo, suspiré.

Inmediatamente entró otra llamada. Mi madre quería saber de nosotros. Apenas iba a explicarle la situación, cuando me interrumpió: “Calla, calla, que lo estoy viendo ahora mismo en las noticias. ¡Ay, madre mía, parece que estáis en Siria! Mira, yo estoy aquí cenando y viendo la tele, y qué te digo... Os voy a mandar unos euros porque la verdad es que me apetece mucho ayudar, pero será la próxima semana porque no quiero perderme los reportajes y ahora te tengo que dejar porque van a pasar lo de la fumarola del Popo. Cuidaros, anda, que os vaya bien, chatina”, y colgando el teléfono vino a mi mente su imagen nítida: sentada con su bata azul estilo imperio austrohúngaro, en su sofá fácilmente convertible en *chaise longue* si usa el mando a distancia, con su bandeja de plata, cenando un plato de jamón de jabugo, un choricito de cantimpalo, una hogaza de pan bregado y su copa de vino blanco, mientras, de manera simultánea, atravesaban mi mente los rescatistas del cuadro, las monjas, el cura, la directora de la Universidad Londres, el derrumbe, la torta, Merlín y los ojos heridos de la mujer en la banquetta.

Al día siguiente, Rumi me dijo: “Mamá: yo también quiero ayudar”. Y se fue conmigo al 286. Trató de enlistarse en los grupos de brigadistas que se formaban en el parque España, pero no fue reclutado. Desesperado, decidió ir en busca de sus amigos con los que formó una brigada. Desde las nueve de la mañana a las dos de la madrugada del día siguiente no supe nada de él. Cuando se comunicó conmigo me dijo: “Hoy fue el día más feliz de toda mi vida, ma”. Me explicó que habían ido a recolectar juguetes, que pidieron un aventón, que se subieron a una camioneta, que los llevaron hasta Tlalpan. Que entregaron los juguetes. Que se fueron a un albergue para atender a niños discapacitados. Que su trabajo consistió en describir la forma de varios animales a una niña invidente de siete años. Que ella, con un plumón, iba dibujando en un papel las indicaciones que escuchaba. Que lloró. Que se rio a carcajadas. Que, saliendo del albergue en la madrugada, se

encontraron con un anciano que estaba bebido, que lo ayudaron a caminar, que por el camino les invitó unos tragos de tequila, que se despidieron del anciano, que corrieron por la calle con el calor del tequila en el estómago y el aire fresco en el rostro. “¿Y dónde estás ahora?”, le grité toda nerviosa, mientras unas manos me cerraban los ojos. “Aquí, ma, aquí.” Al voltearme a verlo me di cuenta de que ese hijo mío, al que siempre había visto como un niño, de un momento a otro se había vuelto un hombre.

Caminábamos juntos en la noche, de nuevo, hacia la colonia Verónica Anzures, cuando un taxista se detuvo y nos ofreció llevarnos gratuitamente. Dentro del taxi me di cuenta de que, desde el temblor, no solo había vivido sin dinero, sino que ni siquiera había pensado en él. El sentimiento de indigencia era inmenso, pero comenzaba a mezclarse con la palabra gratitud, hasta que el conductor del taxi dijo: “Pobre gente la que ya no salió, pero hay que dar gracias a Dios porque a nosotros no nos pasó nada”.

De nuevo la furia me hizo echar humo por la cabeza, fuego por los ojos, amargura por la lengua: “¿De qué Dios me está hablando?”, dije. “¡Venga, ma!”, interrumpió mi hijo. “Si hay que darle gracias porque a nosotros no nos pasó nada, ¿qué hay que darle por todo lo que le pasó a las personas que están atrapadas?” “¡Ya, ma!”, decía mi hijo una y otra vez, mientras yo quería seguir hablando como si fuera Mao tse tung y mientras el taxista, que tan amablemente nos había llevado, no recibía ninguna palabra de agradecimiento de mi parte.

Mi estado de ánimo era explosivo y cambiante. No gozaba de la más elemental moderación. Cualquier cosa me irritaba. Me sentía totalmente ingobernable. Estaba en pleno estrés postraumático y ni siquiera me había dado cuenta.

A las diez de la mañana del día siguiente, los camarógrafos que estaban filmando el 286 se habían reproducido como cucarachas. Me entrevistaron para varias televisoras internacionales. Creo

que dije puras incoherencias, y en la última entrevista que me hizo una chica alemana, recuerdo que me molesté: “Si no vienen a ayudar, no vengán a preguntar”. Y, mandándolos de nuevo a la ce hache, me fui a buscar a la señora de los ojos heridos. “Todo igual”, me dijo. “Gracias por todo, pero ya llegó mi familia.” Sentada junto con sus parientes, al lado de la tienda de campaña, seguía esperando que sacaran a su hijo.

En la tiendita de junto, una señora estaba muy enojada. También tenía a familiares dentro. Me dijo que estaba harta de los periodistas porque, sobre todo, en las noches, se acercaban a ella cuando nadie los veía para preguntarle: “¿Y cómo se siente tener a su hijo y a su esposo ahí adentro?”. Era insoportable tener que padecer a los camarógrafos que la querían filmar después de no poder ni siquiera bañarse, me explicó, mientras seguía diciendo que una cosa era informar y, otra muy distinta, lucrar con el sufrimiento ajeno para realizar patéticos reportajes y aumentar el *rating* de la audiencia televisiva.

Los mensajes seguían entrando en el teléfono. “Dicen que van a meter máquinas. Que los militares están ahí para eso. Ya tenemos preparada una marcha. Confirma la información para que nos lancemos.”

Le di el megáfono a Rumi para que él se encargara de la lista de requerimientos del día en la plaza de la Cibeles y me puse a averiguar lo que me pedían. Hablé con más de veinte militares, los cuales demostraron en todo momento una actitud impecable, aguantando hasta insultos, totalmente injustificados desde mi punto de vista, de personas que, repentinamente, al igual que yo, perdían la paciencia por cualquier cosa y los agredían. Me explicaron que estaban ahí para que, en caso de que los familiares se desesperaran y quisieran entrar al edificio, ellos pudieran contenerlos, ya que era altamente peligroso cualquier movimiento que se hiciera en el 286 y podría, incluso, generarse una catástrofe mayor, ya que a su lado había una construcción muy dañada. Los amé.

Hablé, también, con un rescatista que había llegado de Israel y participaba en las labores. Con los ojos llenos de amor y dolor me dijo que una losa había caído impidiendo el acceso a los pisos inferiores. Que él aún no había rescatado a nadie. Que, si veíamos desde afuera que las labores eran lentas, recordáramos que todo lo que se hacía era parecido a la operación de un cirujano, pues cualquier movimiento no calculado podía generar una debacle. Que él estaba dispuesto a trabajar mientras hubiera esperanza de vida y que, por supuesto, la había. Que él tenía experiencia, pues había trabajado en otras catástrofes y que, en una ocasión, había logrado rescatar a una persona viva tras nueve días de estar sepultada. Pero que, definitivamente, la última palabra la tenía el gobierno. Y que él acataría las órdenes que se le dieran. Y tras beberse de un solo trago una botella de electrolitos, se dirigió al edificio y se perdió entre las piedras.

También le pregunté a un ingeniero español que andaba organizando a los trabajadores con mucho don de mando, y me dio su palabra de honor de que se trataba de un temor, mas no de una intención. Por último, familiares de los atrapados comentaron que no se divulgaran falsos rumores, porque lejos de ayudar a sostener la esperanza, los dejaban sumidos en el terror y la depresión.

Tras cerciorarme de esto, decidí escribir un resumen de los hechos en el Facebook para evitar una manifestación, y recordé la importancia de la palabra escrita y del compromiso que se tiene con ella.

CIELITO LINDO

Comenzó a llover. Nunca odié la lluvia, pero ese día la aborrecí. Cuando llovía, se detenían las labores de rescate. Y, lamentablemente, yo enloquecía. Pero cada vez que mi mente se enturbiaba, aparecía a mi lado alguien que la llenaba de luz. Mi amigo Álvaro

me tomó de la mano y me dijo: “A mí lo que me preocupa es la sed de los sepultados. Le pido a Dios que de esta lluvia puedan beber, aunque solo sea un poquito”.

Corrimos para atecharnos bajo un toldo que habían improvisado a un costado del parque España. En un dos por tres instalaron tres mesas e, incluso, las llenaron de comida. Con un té de pasiflora en una mano y un plato de frijoles charros en la otra, mirábamos el aguacero. Y entre la lluvia se filtraban las imágenes de miles de personas ayudando a conseguir arneses, alpinistas, mototrazadoras, dedicadas a quitar escombros, acompañando a los heridos, buscando ropa limpia para los rescatistas, haciendo de comer, repartiendo medicinas, y en ese momento comprendí lo que en el budismo significa “la preciosa vida humana”. Ese despliegue de miles trabajando de manera infatigable era un claro ejemplo de lo que vale una vida. Y pensé que, a pesar de estar frente al terror, estaba viviendo lo que siempre había soñado, porque por unos días México se convirtió en una sociedad totalmente iluminada, donde todos nos ayudamos entre todos, donde para vivir no fue necesario el dinero, donde a nadie le quedó dudas de que el amor, la generosidad y el espíritu solidario salían también de los escombros para mostrarnos la pureza del corazón de esta tierra, para decirnos que las muertes de nuestros compatriotas no fueron en vano, sino que, a través de ellas, los mexicanos pudimos volvernos seres verdaderamente humanos.

Y mientras el aguacero se intensificaba y el ánimo decaía, un muchachito gritó: “Arriba, México”, y comenzó a dar el Grito de la Independencia, pero con varias modificaciones: “Que vivan los rescatistas, que vivan los brigadistas, que vivan los socorristas, que vivan los topos, que vivan los atrapados, que viva México, que viva México, que viva México”. Y dicho esto, cantamos el himno nacional y el *Cielito lindo*.

Con un segundo aire, regresamos al 286 sabiendo que la vida en medio de la tragedia también puede ser bella.

Para el viernes, el descontento se alzaba en la avenida. Uno de los familiares del 286 me dijo que veía irregularidades, que le disgustaba el secretismo con el que estaban operando, que nadie les informaba de nada, que no había transparencia; que, sin avisar a nadie, habían sacado un cuerpo cuyos familiares, muchas horas después, encontraron en el Semefo; que, a pesar de no haberse movido ni un solo momento de ahí, no había logrado ver salir a nadie; que, a pesar de los días de trabajo, prácticamente no sentía avance; que se habían perdido horas vitales porque el edificio presentaba irregularidades en su construcción; que la mole de concreto no disminuía; que no entendía para qué habían traído rescatistas de Israel, de España, de Estados Unidos; que él confiaba mucho más en los suyos, en los mexicanos, en los topes.

Frente a las familias de los atrapados, los puestos de atención seguían aumentando: psicólogos, terapeutas, masajistas, ortopedistas, reikistas, enfermeras con estetoscopio para checar la taquicardia, doctores de bata blanca tomando la presión gratuitamente.

Fui a buscar a la señora de los ojos como heridas sin fin y me la encontré, cómodamente sentada, ahora en una silla de campo, recibiendo una terapia, mientras una enfermera le tomaba el pulso. Rodeada por un mayor número de parientes que habían llegado de distintos puntos de la República para acompañarla, seguía esperando. “Todos han venido menos él”, dijo, mientras la enfermera le daba una pastilla y un vaso de agua.

Bajo las carpas llegó un grupo de jóvenes que ofrecían sus servicios: por fin podías cargar el celular. Llevaban cables para todo tipo de teléfonos. Me impresionaba ver cómo hasta la más mínima necesidad era registrada y, de inmediato, satisfecha. Muchos de los brigadistas vivían en colonias lejanas de la Roma. Pero ahí pernoctaban. Al percatarse de esta situación, varios colonos abrieron sus casas para ofrecerles el baño y la cama.

UN *SIX*

Anochecía y el tiempo de evacuar había terminado para nosotros. Tenía que subir de nuevo a mi casa. Sentada en una banca miraba mi edificio. “¿Ahí tengo que estar otra vez?”, me decía mientras sacaba cuentas con la intención de mudarme a una casita de una sola planta en sabe dios qué colonia. Pero las cuentas nomás no me daban. La colegiatura de la prepa, el Conamat, la renta, los braquets, el súper, la luz, el agua, el gas, el teléfono, los celulares, el *gym*, las salidas, el veterinario, la deuda de la tarjeta, “no manches”, me decía. En esas estaba, cuando Jassín se sentó a mi lado: “Mamá, no puedes seguir así. Tienes que subir. Tienes que volver a cocinar. Tienes que dormir en tu cama. Tienes que regar las plantas. Tienes que entender que, si en este momento dejaras tu depa, harían cola hasta más allá de Insurgentes para rentarlo. ¿O a qué colonia te quieres mudar? Llevamos veinticinco años en Álvaro Obregón. Todos aquí te conocen. Te protegen hasta los delincuentes. ¿Tú sabes lo difícil que es para mí y para mi hermano ser hombres en esta ciudad y no tener un papá que nos proteja? Tener un padre muerto no tiene solución. Pero sí tiene solución que dejes de estar en la calle, que te olvides de irte a otra colonia, que subas a tu casa y veas que no se cayó el techo. Que entiendas que ni mi hermano ni yo ni *Ozzy* estamos bajo los escombros y que, enojada o no, tienes que dar gracias”. Y, levantándose de la banca, me tomó del brazo y me llevó al Oxxo. “Ahora vas hacer lo que te diga: te compras un *six* de chelitas, subimos y te tomas dos. Las demás me las dejas a mí.” Y, como si me hubiera hipnotizado, me vi de pronto en mi sala terminando la segunda cerveza y empezando a beber el té de siete azahares mientras miraba con cero energía el lugar donde me había quedado en posición fetal el día del sismo. Me dije: “Voy a sacar todas las plantas de mi casa porque a punto estuvo de caerme la maceta del aguacate encima y como que morir de un macetazo se escucha muy poco heroico”.

Y, resuelto ese punto, relajada y agradecida, me quedé sumida en un sueño profundo, a pesar de las sirenas de ambulancias que no cesaban de pasar por la colonia.

Repentinamente, abrí los ojos. Frente a mí, Rumi me sacudía en la cama gritando: “Está temblando”, mientras, sin dar crédito, volvíamos a escuchar la alerta sísmica. Como locos, bajamos en pijama y descalzos, de nuevo, al camellón. Mirando los edificios y esperando lo peor, nos encontramos con todos los vecinos: la del segundo con la cabeza enjabonada y envuelta en una toalla rota; su mamá de rodillas mirando al cielo y rezándole a la Virgen de Guadalupe; el del primero en calzones, con las manos entrelazadas sosteniendo un cepillo de dientes; Jassín quitándose su sudadera para dársela a su amiga que estaba con una camiseta transparente; Rumi con su pijama de felpa azul, y yo con un pantalón de pijama rojo de flores exóticas de verano y, otra vez, la parte de arriba de invierno gris con perros. En medio del caos, me prometí comprarme tres pijamas decentes y no volver a mezclarlas, mientras miraba salir de un local a una pareja desnuda envuelta en una sábana.

A los diez minutos, Paco, el portero de nuestro edificio, que llegaba enfiestado, sacó una botella con vasos desechables y nos dijo: “Vamos a echarnos un mezcalito p’al susto”. Nos atacamos de risa; a través de las carcajadas soltamos un buen de estrés y, sin pensarlo dos veces, nos tomamos el famoso mezcal que, sea dicho de paso, nos sentó de maravilla. Parecíamos personajes de una película de Fellini. Pero a la hora y media decidimos volver a subir las escaleras y regresamos a la realidad. Estábamos en eso de bañarnos, cuando María, la mujer del portero, nos orientó la mañana: “Cerramos el gas hasta próximo aviso para evitar fugas”; y resignados a oler a zorrillo, nos vestimos en tres patadas y nos fuimos al 286.

Ahí nos dieron de desayunar avena con leche y un plátano. Los camarógrafos seguían sumándose sin permitir el paso a los

peatones. Sin ningún derecho, se habían apropiado de la calle. Por la colonia paseaban conjuntos de personas que alzaban carteles con frases positivas que trataban de amortiguar los impactos psicológicos: “México está en pie”, “No estás solo”, “Si necesitas, pide”, “Canta y no llores”, “Lo hiciste bien”. Leer “lo hiciste bien”, personalmente me fue de gran ayuda. Finalmente, me dije: “Como sea que haya sido, estás viva ¿verdad?”. “Sí”, me respondí. “Pues lo hiciste bien.” Una probadita de paz repentinamente llegó a mi corazón.

Esa noche hice un relevo en Álvaro Obregón 286. En medio de la avenida apareció Lola, una querida vecina con su traje de brigadista, acompañada por su hijo. Me dijo: “¿Te das cuenta de que ya está empezando a oler a muerte?”. Me ofreció un cubrebocas. Lo tomé y no supe qué hacer con él, porque ponerme, de alguna forma, era para mí resignarme a la ausencia de vida. De nuevo, la devastación comenzaba a desfilar por mis intestinos.

Frente a mí un hombre de dos metros me llamó la atención. Era un militar rescatista que llevaba en su casco una lamparita, gafas, coderas, rodilleras y botas. De su pecho colgaban cuchillos, pistolas, bombitas. Me recordó a Mazinger Zeta. Lo observé con total atención, y cada vez que lo miraba, lo veía más grande y yo me sentía más chiquita. Escuché los pensamientos que pasaban por mi mente. Provenían de una niña que decía: “Por favor, cástate conmigo, cástate conmigo, ahora mismo, y haré todo lo que tú quieras. Pero, por favor, cástate conmigo ya”. El hombre ni me miró. Y me fui caminando lentamente por el camellón hacia mi casa mientras me preguntaba: “¿Qué te está sucediendo? Nunca te han interesado los militares y hace más de nueve años que no estás pensando en casarte con nadie. Y ahora resulta que le echas el ojo a un militar que además es como un mastodonte. ¿Jelouuu?”. En ese momento entendí que de ese tamaño eran mi indefensión y mi desamparo.

No pude más y me regresé pensando en el cartel que había visto en la mañana y que decía: “Si necesitas, pide”. Y pedí ayuda psicológica en el primer puesto que me encontré.

Había dos psicólogos y una psicóloga. “Puede usted escoger con quién quiere tomar la terapia.” Me decidí por la chica joven que me miraba con una sonrisa y con la tranquilidad que yo no tenía. “Mi nombre es Isa, ¿y el suyo?”. Después de escucharme una hora, cuando estaba tratando de contarle la parte de Mazinger Zeta, me detuve en seco. “¿Qué está sintiendo ahora?”, me dijo dulcemente. “Necesito ir al baño. Tengo incontinencia.” Ella corriendo delante de mí, y yo caminando con las nalgas apretadas, entramos al baño de uno de los restaurantes ubicado frente al parque España. Me quité los *chones* y los tiré a la papelera. El alivio volvió a mis tripas. Hablar me ayudaba a sacar el terror acumulado. Podía sentirlo saliendo de mi cuerpo como una fruta podrida. Con cara de éxtasis, salí del baño. “La veo mucho mejor”, me dijo la psicóloga. “Pues sí”, le respondí, mientras pensaba en la verdad que se esconde en la conocida frase “me cagué de miedo”.

Llena de valor, subí a mi casa. En vez de dormir con pijama, me puse el pants y los tenis. “Ya la perdimos”, decían mis hijos resignados. Después de lo vivido y de la última alerta, para mí era imposible pensar en acostarme de otra manera. Recuerdo que me pregunté: “¿Seré la única?”, y para salir de dudas lo posteé en el Face. En menos de media hora, cincuenta personas respondieron: “Yo estoy hasta con la chamarra puesta”; “Mis hijas y yo vestidas y ¡cuál cama!, estamos en el sofá de la sala”; “Yo, con mi perro, en un sillón al lado de la puerta”; “Yo me despedí de los tacones: puros tenis de día, tarde y noche”. Y sí, salí de dudas: no era la única que estaba con los tenis en la cama y sin poder dormir a las tres de la mañana. Mi cuerpo estaba rígido. No paraban de pasar ambulancias. Me preguntaba cómo podría dormir sabiendo que, a dos cuadras de mi casa, había cuarenta y nueve personas bajo los escombros. Pero, una vez más, el agotamiento me cerró los

ojos y, abrazada a *Ozzy*, poco a poco, se fueron desvaneciendo mis pensamientos.

NO A LOS TENIS

Estábamos en el límite de la esperanza. Uno de los rescatistas me dijo que la prueba de calor humano había arrojado esperanza de vida. Sin sentir el cansancio acumulado de días oscuros, seguían las obras de rescate con mayor ímpetu que nunca. Bajo las carpas circulaban la comida, la ropa, los picos, las palas, los cascos, los electrolitos. Un ambiente de excitación reinaba en la avenida. Todos dispuestos a darlo todo.

Repentinamente, una nube inmensa tapó el último rayo de luz. Negra, gorda y despiadada se extendió abarcando toda la colonia, y el viento comenzó a silbar. Sobre nosotros, relámpagos y truenos. Empezó la ventisca. La lluvia se hizo más copiosa. Hasta que se transformó en tempestad. El aire infernal arrancó las tienditas de campaña que habitaban temporalmente los familiares de las personas que estaban atrapadas. Y lejos de ver salir de los escombros a sus seres queridos, vieron volar las lonas, las servilletas de papel y la esperanza. Todo el esfuerzo quedó inundado, pingando la ropa que habíamos recolectado, la comida echada a perder, mientras el tiempo corría. Torrentes de lluvia cayeron sobre nosotros a tal grado que no nos permitía ni siquiera vernos. Se detuvieron las obras de rescate y, con ello, la esperanza de vida.

En ese momento me vi atrapada en un arrebato de furia y desesperación. Me fui sin despedirme de nadie. Mientras caminaba bajo la lluvia, mentaba madres y aullaba. Empapada y dejando tras de mí pequeños charcos de impotencia, entré a mi casa, me quité los tenis y los lancé en la sala.

“¿Qué te pasa, mamá?”, me dijo Rumi. Tras contarle, me escuché diciéndome a mí misma: “Y ahora ¿a quién le reclamo?”. “El

tiempo exige su tributo. El tributo de la muerte”, dijo Rumi. Abrí la ducha y me bañé con agua caliente durante una hora. Luego me hice un té de Serena-Té, me tomé la última pastilla de Dalai y me fui a la cama. Me dije: “Me niego a seguir viviendo así. Jamás me volveré a poner los tenis para dormir. Jamás me dejaré de bañar. Jamás me vestiré en dos minutos. Jamás me quedaré rígida en la noche, alargando el tímpano para distinguir entre los ruidos el posible sonido de la alerta sísmica. Me niego a vivir aterrada. Me voy a dormir, y si muero esta noche, me moriré relajada”. Y, por primera vez, logré dormir ocho horas seguidas y descansar.

Al día siguiente me sentía espléndida. Me tomé un descanso y salí a la calle a pasear a *Ozzy*. Al entrar por Orizaba, me llevé la sorpresa de ver una almena inmensa del colegio Renacimiento, construcción con forma de castillo, caída sobre un Porche blanco que estaba estacionado a mitad de la calle y que quedó completamente prensado.

Tratando de buscar en mi bolsa las flores de Bach de remedio de rescate que mi amiga Eva me había regalado, entró la llamada de una chica interesada en saber cómo podía ayudar. Mientras le daba alternativas, un mastín salió, abruptamente, corriendo por la plaza Luis Cabrera y se lanzó al cuello de mi perro. Automáticamente, grité y me llevé las manos a la cabeza mientras mi cuerpo se inclinaba como si esperara un derrumbe. Escuché los quejidos de *Ozzy*. Pude incorporarme cuando llegó el dueño, quien me dejó atónita: ignorando todo, le puso la cadena a su perro y corrió hacia la avenida dejando a *Ozzy* ensangrentado. Solo alcancé a decir un débil “estúpido”. Me encargué de llevarlo con el veterinario, de comprar los antibióticos, de apapacharlo en mi cama antes de salir de nuevo al 286. “El diablo anda suelto”, me dijo mi vecina, tras contarle lo sucedido en las escaleras del edificio.

Como estaba muy sudada, me metí a la ducha y me di cuenta de que no teníamos una sola gota de agua. Hablé con el portero y me informó que, tras el sismo, en muchos edificios de la Roma

los colonos sufríamos la misma situación. Mis hijos y yo bajamos a comprar garrafones. Lo que parecía un asunto temporal, se extendió de manera dramática hasta el 21 de noviembre, fecha en la que finalmente llegaron trabajadores de Sacmex para talar la acera y sacar las piedras incrustadas en las tuberías.

EL GORRIÓN

El domingo 24 de septiembre, el 286 estaba saturado de personas. La ayuda sobraba. El chicharrón en salsa verde con frijolitos había quedado atrás. Ahora nos daban a elegir entre pollo con mole y arroz; cerdo con verdolagas; sopa de habas con nopales, tortas de milanesa; chilaquiles; frutas variadas y jugos. Había palillos de dientes en las mesas, sal, pimienta, salsas picantes, servilletas, toallitas húmedas. Incluso para los refrescos habían conseguido hielo. Las cajas de despensa seguían llegando junto con enormes bolsas de ropa para distintos tipos de talla. También sobre el camellón los módulos de atención crecían: musicoterapia, terapia Gestalt, flores de Bach de remedio de rescate, ejercicios de relajación. Me acerqué a la mujer que esperaba a su hijo y la vi rodeada de un coro que cantaba el *Ángelus* mientras un grupo de payasos jugaba con los niños que ahí se encontraban. Los camarógrafos hacían su agosto filmando el desfile de personas y sus diversos ofrecimientos. Terminando el *Ángelus*, un padre de familia se acercó al director y, lejos de felicitarlo, le pidió que se retirara y que no volviera porque más que animar, les quitaba la esperanza. Un grupo de cristianos llegaron a orar y, con las palmas alzadas, clamaban a un dios vivo por la salvación, mientras en la esquina un sacerdote daba misa a familiares católicos de las personas atrapadas. Mi amiga Lunita, que practica el sufismo, comenzó a incomodarse. Pero ni efecto me hizo: sin importarme lo más mínimo lo que nadie pensara de mí, me uní a los cristianos y, con toda la actitud, yo también alcé

las manos, invoqué al dios vivo que nunca entendí bien donde se hallaba y me arrepentí. Me arrepentí hasta en la tele que me filmó gritando: “Perdónanos y sálvanos”, y dicho esto, corrí a la esquina donde estaban dando la misa católica y hasta comulgué. Posteriormente, me uní a los concheros y dancé, discretamente, entre la muchedumbre mientras el sol se filtraba entre las grietas del 286.

En una de las tiendas de campaña, otra familia colocaba entre dos postes, la impresión de la foto de un muchacho sepultado en el edificio, diciéndole lo mucho que lo amaban. “Estamos aquí, en la Zona Cero”, alguien dijo de pronto.

La Zona Cero fue la calificación dada al corredor Roma-Condesa. Le pregunté a Jassín: “Hijo, ¿tú sabes por qué nos llaman así?”. “Ay, ma: es la traducción de *Ground zero*. Así se usó después del bombardeo de Hiroshima y Nagasaki. Así le pusieron los gringos al lugar donde cayeron las torres en el 11s.” “¿Y por eso nos llaman Zona Cero? ¡No manches!”. “¿Pus qué querías?... Sí estamos en la zona de máxima devastación.” “¿Y se van a quedar en esta colonia?”, nos preguntó por enésima vez un periodista: “Sí, de aquí somos y aquí nos quedamos, ¿cómo la ves?”, le dijo Jassín, mientras miraba fijamente al camarógrafo de Univisión. “¡Este es mi gallo!”, pensé para mis adentros.

Al ver que nada se necesitaba en ese momento, me fui al camellón y me senté en la banca frente a mi edificio. Pasaron tres brigadistas, un payaso, dos rescatistas, un Santa Claus y una copalera que, amablemente, me invitó a hacer una limpia. De pie, en el centro del camellón, el sahumero con olor a copal recorría todo mi cuerpo mientras sus acompañantes danzaban a mi alrededor con sonajas y tambores. Un vecino salió a poner en el suelo un círculo de flores y veladoras. Varios colonos nos reunimos para hacer la actividad. El ejercicio consistía en que los doce integrantes daríamos gracias en voz alta por algo positivo que hubiéramos vivido durante los días del sismo.

El lunes 25 de septiembre la ciudad trató de regresar a la normalidad y abrimos la Casa del Poeta. Sin gota de ánimo, fui caminando por el camellón mientras pensaba que quizá me haría bien volver a trabajar. Antes de iniciar las actividades, me fui a la oficina y, tras prender la computadora y meterme en internet, leí que mi querida Lorna Martínez falleció durante el sismo. Inmediatamente, rebobiné. El 19 de septiembre, antes de salir de la zona acordonada, pasamos por Ámsterdam y Laredo. Caminé frente a su casa derrumbada cuando ella estaba adentro. ¡Y nunca me di cuenta! Posteriormente, mi amigo José Antonio me llamó para decirme que, antes de morir, se volvió escritora con un libro que hizo en su taller. Que, incluso, le cantaron el himno nacional cuando encontraron su cuerpo. Que no me sintiera tan mal, pues Lorna se había ido en paz.

Antes de iniciar las actividades, pedimos un minuto de silencio por las víctimas. Aunque la presentación del libro no tenía nada que ver con el sismo, todos los comentarios giraron en torno a la hecatombe, y a las ocho de la noche los presentes comenzaron a despedirse. “No vaya a ser que vuelva a temblar”, alcanzamos a escuchar, mientras salíamos a la calle.

La colonia Roma era una espalda jorobada. Languidecía. El “vieneviene” se me acercó: “Señito, ayúdeme. Desde el sismo no se para ni un carro por aquí”. Y mientras me contaba de las grietas de su casa, caminamos juntos por el camellón, extrañando a los músicos de la calle, al señor de los tamales calientitos, al que avisa que trae “a diez, a diez, a diez el higo y la mandarina; a diez el aguacate, el rico y delicioso aguacate para el taco, a diez, a diez”, a la señora que compra y grita como si la estuvieran desgañitando: “Colchooones, lavadoraas, estufaaas, refrigeradooors, o algo de fierro viejo que vendan”. Tras despedirnos, me senté en la banca del camellón frente a mi edificio. No quería subir. Mientras hacía tiempo, llegaron mis hijos en triciclo corriendo sobre la avenida, los vi en patineta, en bici y también en patines. Los

vi caminando de la mano con sus novias, cargando *sixs* de cervezas con sus amigos, fumando sus primeros cigarrillos a escondidas. Los vi conduciendo carros, incluso ubers. Y ahora los veía con los cascos de la bici en las manos, llegando del multifamiliar de Tlalpan, con sus trajes de brigadistas, mirándome inquisitivamente: “Otra vez aquí... Ya sube, mamá”. Una llamada me salvó. Mi amigo Álvaro había abierto su casa de Ámsterdam para que Alfredo Goldstein diera terapia de trauma gratuita a brigadistas y colonos de la Zona Cero. “Tienes que venir ya”, me dijo, y sin pensarlo dos veces me levanté de la banca y empecé a caminar.

Entré de nuevo por Cacahuamilpa. En medio de la oscuridad, me di cuenta de que la señora elegante, con las medias rotas y las rodillas llenas de sangre solo seguía apoyada en las paredes de mi mente. Y, al doblar la esquina, esos muros se agrietaron, se disolvieron y, como un fantasma, desapareció. En el camellón de Ámsterdam varias personas ofrecían atole, agua y chocolate caliente. Al tomar una botella de agua, recordé que la casa de Álvaro tenía escaleras. Empecé a temblar y decidí regresar a mi casa. Pero, al darme la vuelta, apareció Álvaro: “Qué bueno que ya llegaste. Te estábamos esperando”. Y, tomándome del brazo, caminó conmigo hasta la puerta. “No voy a subir esas escaleras, Alvarito”, le dije mientras Alfredo me daba la mano y me decía: “Las subimos juntos, de escalón en escalón”. Y en un dos por tres ya estaba acostada en el sofá respondiendo sus preguntas: “Lo estás haciendo muy bien, pero dime: cuando te diste cuenta de que no podías salir de tu edificio, ¿qué sentiste?, ¿en qué órganos del cuerpo?”. El buen Alfredo estuvo a mi lado más de una hora, ayudándome hasta que, por fin, pude llorar. Y lloré mientras él, sin separarse de mí, me daba la mano y me secaba las lágrimas. Y lloré sin saber que la comida a la que pensaba invitarlo nunca se llevaría a cabo, sin saber que no me daría seguimiento, sin saber que era la última vez que estaría con él, sin saber que una semana después él moriría a consecuencia de una bronconeumonía. Y se fue, enseñándome a vivir con el “no sé”.

Ya en mi casa sonó el celular. “Buenas noches, señora. Mi nombre es Gustavo y le hablo del Banco Invex. “¡Otra vez lo mismo! ¡Pero qué la canción!””, alcancé a decir cuando me interrumpió. “Por favor, señora, ni se crea que le estoy marcando para cobrarle. Nada qué ver. Sabemos que vive en la Roma y solo quería preguntar cómo se encuentra el día de hoy, si se le ofrece algo... ¿Cómo le explico? Fíjese que yo también he estado de brigadista en el 286 todos estos días, pero hoy lunes tuve que incorporarme a mi trabajo, y bueno, me dieron la indicación de que tenía que llamarle, pero, por favor, ni se preocupe por nada de esto. Solo son cuestiones de rutina. En fin, señora, que solo quería saludarla y deseárselo que tenga un buen inicio de semana.”

No sé si fue gracias a Gustavo o a Alfredo o a los dos juntos, pero, por fin, después del terremoto, mi rostro había vuelto a sonreír. Lo que sí sé es que México es una tierra sagrada y sísmica, que existe la impermanencia y que la impermanencia todavía me asusta. Que todo está interconectado. Que no estoy sola. Que, si me quedara atrapada en un edificio, no me dejarían abandonada. Que, si tuviera el destino de morir de esa manera, podría hacerlo sabiéndome amada. Hoy sé que un puño en alto no siempre es señal de rabia: también es una forma de escuchar la vida. Sé que los motoristas tatuados son tan compasivos como los lamas y que los militares saben de la dignidad y del respeto. Hoy sé del espanto y de la belleza que brota de los corazones cuando surge lo terrible. Que los *millennials* son un chingo y bien fregones. Que tomaron la ciudad. Que nadie quiere que la suelten. Sé que hay constructores que ponen materiales marca patito para ganar más dinero sin importar la seguridad de los que habitan sus edificios. Sé que nadie tiene por qué comprender el sufrimiento generado por un movimiento telúrico si no lo ha vivido. Que juzgar a otros nos sepulta en nosotros mismos. Que un terremoto remueve las piedras del rencor. Que mi mamá, a su manera, me ama. Que las grietas se abren para que fluya el amor que estaba encarcelado.

Que con la mano en el corazón me inclino en reverencia a la tierra.
Hoy sé que todos somos el rescatista, el invidente, la monja, el
motorista, el cura, la atrapada, el militar, la cocinera, el borracho,
el indigente, el marino, el brigadista, los ojos de heridas sin fin.
Que somos polvo y polvo enamorado. Hoy sé que apareció un
pajarito. Que lo vi posarse sobre una piedra. Que comió unas
migajas de pan. Que se me quedó viendo a los ojos. Que cantó,
alzó sus alas y se fue volando.

